

ANECDOTAS Y CRISIS

Por Sebastián SALAZAR BONDY

TODOS los años, en la época de los exámenes de ingreso a las universidades, circulan como chascarrillos las peregrinas respuestas de algunos postulantes a las interrogaciones de los jurados de admisión. En ciertos casos esas contestaciones son tan pintorescas, absurdas e increíbles que alcanzan la categoría de la noticia periodística. Si egresados del quinto año de instrucción secundaria afirman —como lo relata el corresponsal de este diario en el Cuzco— que el trigo lo importó al Perú la Princesa Soraya o que el combate de Angamos ocurrió en Antofagasta, no hay duda que se trata de una información digna de ser divulgada en las páginas de la prensa cotidiana. Nos reímos con esta curiosa suerte de anecdotario, y no sabe reproche alguno por ello.

PERO cualquiera que tras las carcajadas reflexione un poco, tiene que alarmarse. No se trata de un caso aislado —que podría atribuirse a deficiencias mentales del autor de los disparates—, sino que son muchos los estudiantes que acuden con ese caótico bagaje de conocimientos falaces, deformados y sin pies ni cabeza después de haber pasado cinco años en un colegio aprobando materias y yendo para adelante hacia la meta universitaria. En primer término se supone que hay que poner ahí un dique que impida la peligrosa filtración de la ignorancia y la falta de sínderesis, y ello en salvaguarda de las profesiones peruanas en cuyas manos van a estar la salud, el derecho, la economía, la ciencia, etc., del país futuro.

Sin embargo, luego uno modifica este criterio inicial. Se le ocurre que hay que reorganizar —¡una vez más!— la enseñanza media, haciendo hincapié no tanto en el aprendizaje

memorístico, que al fin junta Napoleón con las dicotiledóneas, el sorites con los sonetos de Boscán, la ley de la gravedad con la constitución, sino en el ejercicio del pensamiento lógico, del discurso racional claro y preciso.

AHI no termina la preocupación: se piensa, enseguida, en la primaria; se piensa en el nivel de vida de las clases media y popular, se piensa en las deterioradas estructuras dentro de las cuales se pretende seguir canalizando el desarrollo espontáneo de un país inmaduro. Y entonces surge la primera conclusión con visos de verdad. Nuestra educación —como ha dicho un pedagogo— pretende conquistar una estabilidad definitiva sin tener en cuenta que la nación está en un proceso de evolución y cambio, en una verdadera crisis. Por tanto, la ebullición social y económica no se adapta a los recipientes educativos en los cuales se la quiere encerrar.

LAS RESPUESTAS divertidas, que nos regocijan y nos inquietan, son síntomas de la crisis. En consecuencia, de acuerdo a los asertos de otro pedagogo, no es que la educación esté en crisis, sino que hace falta una educación para la crisis. En este sentido descubrimos que mientras no se afronte el problema en su auténtica realidad veremos, y cada día más agudizados, esos testimonios de que entre nosotros la pedagogía no ha ganado la batalla. En puridad de verdad, ni el progreso ni la cultura han ganado aquí todavía ninguna batalla. Una que otra escaramuza en una controversia —"civilización o barbarie", como decía Sarmiento— que compromete el fundamento mismo de la patria.